

José Ortega y Gasset

El hombre y la gente y otros ensayos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © *El hombre y la gente. [Curso de 1949-1950]* (1949). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *El hombre y la gente. – [Conferencia en Valladolid]* (1934). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *El hombre y la gente. – [Conferencia en Rotterdam]* (1936). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *[Prospecto de unas lecciones sobre «El hombre y la gente»]* (1940). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-283-7
Depósito legal: M. 5.554-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota preliminar

EL HOMBRE Y LA GENTE. [CURSO DE 1949-1950]

- 19 I. Ensimismamiento y alteración
51 II. La vida personal
71 [Comienzo desechado]
75 III. Estructura de «nuestro» mundo
91 IV. La aparición del «Otro»
114 [Comienzo desechado]
120 V. La vida inter-individual. Nosotros – Tú – Yo
140 [Comienzo desechado]
144 VI. Más sobre los otros y yo. –Breve excursión
hacia Ella
173 [Addenda]
179 VII. El peligro que es el otro y la sorpresa que
es el yo
214 VIII. De pronto, aparece la gente
220 IX. Meditación del saludo
238 X. Meditación del saludo. El hombre, animal
etimológico. ¿Qué es un uso?
270 [Comienzo desechado]
276 XI. El decir de la gente: la lengua. –Hacia una
nueva lingüística
316 XII. El decir de la gente: las «opiniones públicas»,
las «vigencias» sociales. –El poder público
331 [Final desechado]

OTROS ENSAYOS

- 341 El hombre y la gente.– [Conferencia en Valladolid]
357 El hombre y la gente.– [Conferencia en Rotterdam]
382 [Prospecto de unas lecciones sobre «El hombre y la gente»]

Nota preliminar

El 20 de mayo de 1934, en el teatro Pradera de Valladolid, José Ortega y Gasset pronunció una conferencia, titulada «El hombre y la gente» y organizada con la finalidad de contribuir a financiar un viaje a Grecia de los alumnos de historia del arte, en la que expuso por vez primera públicamente el germen de su pensamiento sociológico. En el texto de una nota al pie en el capítulo octavo de *Historia como sistema y Del Imperio romano* (1941), anunciaba Ortega la próxima publicación de dos libros: *Sobre la razón viviente* y *El hombre y la gente*, descrito este como «una sociología donde no se eludan, como ha acontecido hasta aquí, los problemas verdaderamente radicales» (VI, 70, n. 1). *Historia como sistema* tuvo su origen en la invitación que recibió Ortega para intervenir en el otoño de 1934 en el congreso que iba a celebrar la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. El acto no tuvo lugar y el borrador de su inter-

vección se convirtió en una serie de artículos que con el título «La situación de la ciencia y la razón histórica» ven la luz en *La Nación* (Buenos Aires) entre diciembre de 1934 y enero de 1935 (VI, 972). Dos años después, en otra nota al pie del manuscrito inédito «Epílogo a una filosofía», redactado en 1943 y publicado póstumamente en el libro *Origen y Epílogo de la filosofía*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960 (IX, 1461), afirma Ortega: «La primera vez que expuse públicamente esta idea de la sociedad, base de una nueva sociología, fue en una conferencia dada en Valladolid en 1934, con el título “El hombre y la gente”. Aventuras sin número me han impedido publicar hasta hoy el libro que, con el mismo epígrafe, debe desarrollar toda mi doctrina sobre lo social. Como esperar cuesta poco, espero ahora que no tarde en aparecer» (IX, 589).

En la primavera de 1936, Ortega viajó a París y, de allí, se trasladó a los Países Bajos para impartir cuatro conferencias de temas históricos y socioantropológicos invitado por el profesor Johan Huizinga (1872-1945), historiador consagrado en España desde la publicación en editorial Revista de Occidente de su famoso libro *El otoño de la Edad Media*. Los manuscritos de estas conferencias se conservan en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. La primera tuvo lugar el 2 de mayo, en la Handelshoogeschool de Róterdam, y se tituló «El hombre y la gente»; impartió la segunda en Delft, el día 4, en la Technische Hoogeschool, sobre «Ideas y creencias»; la tercera se celebró el día 5 en la Universidad de Ámsterdam y versó sobre «Aurora de la razón histórica»; y la última se pronunció en la Univer-

sidad de Leiden, el día 6, con el título «Problemas de la razón histórica». Todas ellas son inéditas pero, salvo la primera, las otras presentan escasas novedades respecto a textos ya publicados del filósofo en ese momento, pues en la segunda utilizó partes de su serie de artículos «Ideas y creencias», publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, entre febrero y marzo de ese mismo año, e incluida después en el primer capítulo del libro *Ideas y creencias*; en las dos últimas, empleó párrafos de la serie de artículos «La situación de la ciencia y la razón histórica», publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, entre diciembre de 1934 y enero de 1935, e integrada más tarde en la primera parte de *Historia como sistema*. Por el contrario, el texto de la de Róterdam fue preparado expresamente para la ocasión, si bien Ortega utilizó algunas páginas del manuscrito de la conferencia que con el mismo título había pronunciado en Valladolid dos años antes. No obstante, en este trabajo se opera el giro lingüístico de la filosofía orteguiana que llevará de la razón vital a la razón histórica y de esta a la razón etimológica, ya que en Valladolid, según el manuscrito conservado, no se habló de lenguaje ni de comunicación y aquí el tema ocupa la primera mitad de la ponencia. Por otro lado, algunos párrafos de esta conferencia se incorporaron al «Prólogo para franceses» (1937) de *La rebelión de las masas*, donde Ortega reiteró el anuncio de la publicación del volumen socioantropológico: «El resultado de mis reflexiones va en el libro, próximo a publicarse, *El hombre y la gente*. Allí encontrará el lector el desarrollo y justificación de cuanto acabo de decir» (IV, 354). Desde 1940 se planteó su aparición simultánea en varios idiomas, aun-

que finalmente no se publicaría en vida del filósofo por diversos avatares. Sin embargo, el tratado fue desarrollándose en varias lecciones, algunas publicadas como capítulos en otros libros; así, la primera de las diez lecciones del curso, impartido por primera vez en 1939-1940 en Buenos Aires (IX, 279-437), apareció bajo el título *Ensimismamiento y alteración* junto a *Meditación de la técnica* (Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1939).

También publicó en Argentina unas páginas en forma de folleto: el «[Prospecto de unas lecciones sobre “El hombre y la gente”]» (1940), que se distribuyó entre los asistentes al ciclo «Lecciones sobre el hombre y la gente» impartido en la Sociedad de Amigos del Arte de Buenos Aires entre 1939 y 1940. Este curso enlazaba, a su vez, con las conferencias pronunciadas en Valladolid en mayo de 1934 y en Róterdam en 1936. El haz de temas agrupado bajo el rótulo de «El hombre y la gente» habría ocupado y ocuparía todavía a Ortega en numerosas ocasiones. La de mayor calado fue probablemente el curso homónimo que el filósofo impartió en el madrileño Instituto de Humanidades en 1949-1950, pues al hilo de ese conjunto de lecciones Ortega realizó una muy importante estructuración de los materiales que habría de servirle para preparar la publicación del libro. *El hombre y la gente* apareció finalmente en edición póstuma dos años después del fallecimiento del filósofo, en 1957.

En el archivo personal de Ortega, custodiado en la Fundación Ortega – Marañón, se conservan los manuscritos autógrafos de la conferencia impartida en Valladolid el 20 de mayo de 1934, así como de la pronunciada en Róterdam el 2 de mayo de 1936. De esta, además, se custodia

una traducción al francés mecanografiada con correcciones autógrafas de Ortega bajo el título «L'homme et les gens». Asimismo, existe una copia mecanografiada y un manuscrito autógrafo de 134 hojas del curso impartido en la Asociación de Amigos del Arte a partir del 31 de octubre de 1939. La conferencia de Valladolid se recoge en el tomo IX, páginas 166-174, la de los Países Bajos en las páginas 203-217. También se conserva un ejemplar del folleto impreso titulado «[Prospecto de unas lecciones sobre “El hombre y la gente”]», que se distribuyó entre los asistentes al curso. Este «[Prospecto]» se recogió en la primera edición póstuma de *El hombre y la gente* (Madrid, Revista de Occidente, 1957), con el título de «[Abreviatura]», y así pasó a las *Obras completas* (Madrid, Revista de Occidente, tomo VII, 1961; en la última edición de las mismas, en el tomo V, 646-650). Paulino Garagorri, en su edición de *El hombre y la gente* (Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1980), lo tituló «[Introducción]». En la presente edición, este texto se publica junto al curso de 1949-1950. Se ofrece aquí *El hombre y la gente*, publicado por primera vez en 1957, dos años después de la muerte de Ortega, según la versión que elaboró el filósofo a partir de sus lecciones para el curso de 1949-1950, junto a seis textos desechados del proyectado, pero no concluido, libro, en la versión preparada para este curso. El lector podrá encontrarlas como *addenda* a los capítulos II, IV, V, VI, X y XII. Este ciclo de conferencias titulado «El hombre y la gente» se celebró en Madrid entre noviembre de 1949 y febrero de 1950, dentro de las actividades del Instituto de Humanidades, fundación orteguiana que había echado a andar el año anterior. Ortega utilizó los manus-

critos y la versión taquigráfica del curso impartido en Argentina para preparar años después el que aquí se publica. La redacción es, no obstante, casi totalmente de nueva planta, salvo algunos párrafos sueltos y partes de la Lección III del curso de Buenos Aires que pasaron a los capítulos VIII y IX del libro preparado con los materiales del curso de Madrid, y de la Lección V que pasó a los capítulos IX y X. Pueden verse las diferencias entre los manuscritos, la edición de 1957 y la que aquí se ofrece en el tomo X (páginas 488-493) de la *Obras completas*.

En la presente edición, se ha añadido como subtítulo «[Curso de 1949-1950]» al título original «El hombre y la gente» para diferenciar este libro del curso ya citado de Buenos Aires de 1939-1940 y de las conferencias de Valladolid, de 1934, y de Róterdam, de 1936, todos ellos publicados en el tomo IX bajo el título común de «El hombre y la gente», aunque con sus subtítulos respectivos. El curso de Madrid comenzó el 23 de noviembre de 1949 y se celebró los miércoles por la tarde en el cine Barceló. Las lecciones tuvieron lugar, además de en la fecha citada, los días 30 de noviembre, 7, 14 y 21 de diciembre de 1949, y 4, 11, 18 y 25 de enero, y 8, 15 y 22 de febrero de 1950.

Publicamos en la sección «Otros ensayos» el texto de la conferencia de Valladolid y el prospecto que se distribuyó entre los asistentes a la segunda parte del curso de Buenos Aires en 1940.

Los volúmenes de esta «Biblioteca de autor José Ortega y Gasset» presentan un texto nacido del trabajo filosófico, filológico e historiográfico del equipo del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y

Gasset – Gregorio Marañón. La investigación se ha desarrollado durante más de una década y ha permitido depurar malas lecturas y erratas de ediciones anteriores, al tiempo que se han descubierto numerosos textos desconocidos, algunos de los cuales no se habían vuelto a publicar desde su primera edición y otros eran inéditos; en ambos casos, enriquecen esta «Biblioteca».

Se ofrece al lector el texto según la última versión revisada por el autor y se sigue, en el caso de la obra editada póstumamente, el manuscrito más próximo a una versión definitiva. El exhaustivo análisis de los testimonios conservados en el archivo del filósofo ha permitido una fijación textual que en numerosos casos difiere de las ediciones anteriores. Se ha respetado esencialmente la puntuación del propio Ortega, aunque se ha revisado en el caso de la obra póstuma. Se conservan los rasgos estilísticos del autor –como por ejemplo su reconocible «rigoroso» frente al más común «riguroso»–, los resaltes expresivos y particularidades morfosintácticas de su uso lingüístico (mayúsculas para remarcar un concepto, concordancias *ad sensum*, léismos, laísmos), así como las distintas grafías en nombres de personas y lugares.

En la medida de lo posible, se evita la intervención de los editores en el texto, de modo que se mantiene la versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus –generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. No se pretende dar un texto perfeccionado, sino aquel que Ortega entregó a las prensas o en el que trabajaba para su publicación si nos referimos a la obra que dejó inédita. Los añadidos de los editores van siempre entre corchetes, así como los títulos que no

son originales del filósofo. Las notas al pie de los editores se indican con *.

En la edición de los textos del presente volumen han participado Carmen Asenjo Pinilla, Iván Caja Hernández-Ranera, José Ramón Carriazo Ruiz y Jaime de Salas Ortueta, quienes agradecen el trabajo de investigación y fijación textual previo de sus compañeros Ignacio Blanco Alfonso, Enrique Cabrero Blasco, María Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Patricia Giménez Eguíbar, Felipe González Alcázar, Azucena López Cobo, Juan Padilla Moreno, Mariana Urquijo y Javier Zamora Bonilla.

El hombre y la gente
[Curso de 1949-1950]

I

ENSIMISMAMIENTO Y ALTERACIÓN

Se trata de lo siguiente: hablan los hombres hoy, a toda hora, de la ley y del derecho, del Estado, de la nación y de lo internacional, de la opinión pública y del Poder público, de la política buena y de la mala, de pacifismo y belicismo, de la patria y de la humanidad, de justicia e injusticia social, de colectivismo y capitalismo, de socialización y de liberalismo, de autoritarismo, de individuo y colectividad, etcétera, etcétera. Y no solamente hablan en el periódico, en la tertulia, en el café, en la taberna, sino que, además de hablar, discuten. Y no sólo discuten, sino que combaten por las cosas que esos vocablos designan. Y en el combate acontece que los hombres llegan a matarse, los unos a los otros, a centenares, a miles, a millones. Sería una inocen-

cia suponer que en lo que acabo de decir hay alusión particular a ningún pueblo determinado. Sería una inocencia, porque tal suposición equivaldría a creer que esas faenas truculentas quedan confinadas en territorios especiales del planeta, cuando son, más bien, un fenómeno universal y de extensión progresiva, del cual serán muy pocos los pueblos europeos y americanos que logren quedar por completo exentos. Sin duda, la feroz contienda será más grave en unos que en otros y puede que alguno cuente con la genial serenidad necesaria para reducir al mínimo el estrago. Porque éste, ciertamente, no es inevitable; pero sí es muy difícil de evitar. Muy difícil, porque para su evitación tendrían que juntarse en colaboración muchos factores de calidad y rango diversos, magníficas virtudes junto a humildes precauciones.

Una de esas precauciones, humilde –repito– pero imprescindible, si se quiere que un pueblo atraviese indemne estos tiempos atroces, consiste en lograr que un número suficiente de personas en él se den bien cuenta de hasta qué punto todas esas ideas –llamémoslas así–, todas esas ideas en torno a las cuales se habla, se combate, se discute y se trucida, son grotescamente confusas y superlativamente vagas.

Se habla, se habla de todas esas cuestiones, pero lo que sobre ellas se dice carece de la claridad mínima, sin la cual la operación de hablar resulta nociva. Porque hablar trae siempre algunas consecuencias y como de los susodichos temas se ha dado en hablar mucho –desde hace años, casi no se habla ni se deja hablar de otra cosa–, las consecuencias de esas habladurías son, evidentemente, graves.

Una de las desdichas mayores del tiempo es la aguda incongruencia entre la importancia que al presente tienen todas esas cuestiones y la tosquedad y confusión de los conceptos sobre las mismas que esos vocablos representan.

Noten ustedes que todas esas ideas –ley, derecho, Estado, internacionalidad, colectividad, autoridad, libertad, justicia social, etcétera–, cuando no lo ostentan ya en su expresión, implican siempre, como su ingrediente esencial, la idea de lo social, de sociedad. Si ésta no está clara, todas esas palabras no significan lo que pretenden y son meros aspavientos. Ahora bien; confesémoslo o no, todos, en nuestro fondo insobornable, tenemos la conciencia de no poseer, sobre esas cuestiones, sino nociones vagarosas, imprecisas, necias o turbias. Pues, por desgracia, la tosquedad y confusión respecto a materia tal, no existe sólo en el vulgo, sino también en los hombres de ciencia, hasta el punto de que no es posible dirigir al profano hacia ninguna publicación donde pueda, de verdad, rectificar y pulir sus conceptos sociológicos.

No olvidaré nunca la sorpresa teñida de vergüenza y de escándalo que sentí cuando, hace muchos años, consciente de mi ignorancia sobre este tema, acudí lleno de ilusión, desplegadas todas las velas de la esperanza, a los libros de sociología, y me encontré con una cosa increíble, a saber: que los libros de sociología no nos dicen nada claro sobre qué es lo social, sobre qué es la sociedad. Más aún: no sólo no logran darnos una noción precisa de qué es lo social, de qué es la sociedad, sino que, al leer esos libros, descubrimos que sus autores –los señores sociólogos– ni siquiera han intentado un poco en

serio ponerse ellos mismos en claro sobre los fenómenos elementales en que el hecho social consiste. Inclusive, en trabajos que por su título parecen enunciar que van a ocuparse a fondo del asunto, vemos luego que lo eluden –diríamos concienzudamente. Pasan sobre esos fenómenos –repito, preliminares e inexcusables– como sobre ascuas; y, salvo alguna excepción, aun ella sumamente parcial –como Durkheim–, les vemos lanzarse con envidiable audacia a opinar sobre los temas más terriblemente concretos de la humana convivencia.

Yo no puedo, claro está, demostrar ahora a ustedes esto, porque intento tal consumiría mucho tiempo del escaso que tenemos a nuestra disposición. Básteme hacer esta simple observación estadística que parece ser un colmo.

Primero: Las obras en las cuales Augusto Comte inicia la ciencia sociológica suman por valor de más de cinco mil páginas con letra bien apretada. Pues bien: entre todas ellas no encontraremos líneas bastantes para llenar una página, que se ocupen de decirnos lo que Augusto Comte entiende por *Sociedad*.

Segundo: El libro en que esta ciencia o pseudociencia celebra su primer triunfo sobre el horizonte intelectual –los *Principios de sociología*, de Spencer, publicados entre 1876 y 1896–, no contará menos de 2.500 páginas. No creo que lleguen a cincuenta las líneas dedicadas a preguntarse el autor qué cosa sean esas extrañas realidades, las sociedades, de que la obesa publicación se ocupa.

En fin: hace pocos años ha aparecido el libro de Bergson –por lo demás, encantador–, titulado *Las dos fuentes de la moral y la religión*. Bajo este título hidráulico, que

por sí mismo es ya un paisaje, se esconde un tratado de sociología de 350 páginas, donde no hay una sola línea en que el autor nos diga formalmente qué son esas sociedades sobre las cuales especula. Salimos de su lectura, eso sí, como de una selva, cubiertos de hormigas y envueltos en el vuelo estremecido de las abejas, porque el autor, todo lo que hace para esclarecernos sobre la extraña realidad de las sociedades humanas es referirnos al hormiguero y a la colmena, a las presuntas sociedades animales, de las cuales –por supuesto– sabemos menos que de la nuestra.

No es esto decir, ni mucho menos, que en estas obras como en algunas otras falten entrevisiones, a veces geniales, de ciertos problemas sociológicos. Pero, careciendo de evidencia en lo elemental, esos aciertos quedan secretos y herméticos, inasequibles para el lector normal. Para aprovecharlos, tendríamos que hacer lo que sus autores no hicieron: intentar traer bien a luz esos fenómenos preliminares y elementales, esforzarnos denodadamente, sin excusa, en precisarnos qué es lo social, qué es la sociedad. Porque sus autores no lo hicieron, llegan como ciegos geniales a palpar ciertas realidades –yo diría, a tropezar con ellas–; pero no logran verlas, y mucho menos esclarecernoslas. De modo que nuestro trato con ellos viene a ser el diálogo del ciego con el tullido:

–¿Cómo anda usted, buen hombre? –pregunta el ciego al tullido. Y el tullido responde al ciego:

–Como usted ve, amigo...

Si esto pasa con los maestros del pensamiento sociológico, mal puede extrañarnos que las gentes en la plaza pública vociferen en torno a estas cuestiones. Cuando

los hombres no tienen nada claro qué decir sobre una cosa, en vez de callarse suelen hacer lo contrario: *dicen* en superlativo, esto es, gritan. Y el grito es el preámbulo sonoro de la agresión, del combate, de la matanza. *Dove si grida non è vera scienza* –decía Leonardo. Donde se grita no hay buen conocimiento.

He aquí cómo la ineptitud de la sociología, llenando las cabezas de ideas confusas, ha llegado a convertirse en una de las plagas de nuestro tiempo. La sociología, en efecto, no está a la altura de los tiempos, y, por eso, los tiempos, mal sostenidos en su altitud, caen y se precipitan.

Si esto es así, ¿no les parece a ustedes que sería una de las mejores maneras de no perder por completo el tiempo durante estos ratos que vamos a pasar juntos, dedicarnos a aclararnos un poco qué es lo social, qué es la sociedad? Ustedes –por lo menos, muchos de entre ustedes– saben muy poco o no saben nada del asunto. Yo, por mi parte, no estoy seguro de que no me acontezca lo mismo. ¿Por qué no juntar nuestras ignorancias? ¿Por qué no formar una sociedad anónima, con un buen capital de ignorancia, y lanzarnos a la empresa, sin pedantería o con la menor dosis de ella posible, pero con vivo afán de ver claro, con alegría intelectual –una virtud que empezaba a perderse en Europa–, con esa alegría que suscita en nosotros la esperanza de que súbitamente vamos a llenarnos de evidencias?

Partamos, pues, una vez más, en busca de ideas claras. Es decir, de verdades.

La Argentina goza, por fortuna todavía, de la tranquilidad de horizonte que permite escoger la verdad, recogerse en la reflexión. Son muy pocos los pueblos que a

estas horas –y me refiero a antes de estallar esta guerra tan torva, que extrañamente nace como no queriendo acabar de nacer–; son muy pocos –digo– los pueblos que en el último tiempo gozaban ya de esa tranquilidad. Casi todo el mundo está alterado, y en la alteración el hombre pierde su atributo más esencial: la posibilidad de meditar, de recogerse dentro de sí mismo para ponerse consigo mismo de acuerdo y precisarse qué es lo que cree y qué es lo que no cree; lo que de verdad estima y lo que de verdad detesta. La alteración le obnubila, le ciega, le obliga a actuar mecánicamente en un frenético sonambulismo.

En ninguna parte advertimos mejor que es, en efecto, la posibilidad de meditar el atributo esencial del hombre como en el Jardín Zoológico, delante de la jaula de nuestros primos, los monos. El pájaro y el crustáceo son formas de vida demasiado distantes de la nuestra para que, al confrontarnos con ellos, percibamos otra cosa que diferencias gruesas, abstractas, vagas de puro excesivas. Pero el simio se parece tanto a nosotros, que nos invita a afinar el parangón, a descubrir diferencias más concretas y más fértiles.

Si sabemos permanecer un rato quietos contemplando pasivamente la escena simiesca, pronto destacará de ella, como espontáneamente, un rasgo que llega a nosotros como un rayo de luz. Y es aquel estar las diablicas bestezuelas constantemente alerta, en perpetua inquietud, mirando, oyendo todas las señales que les llegan de su alrededor, atentas sin descanso al contorno, como temiendo que de él llegue siempre un peligro al que es forzoso responder automáticamente con la fuga o con el mordis-